

por el presidente del Consejo de ministros, que insistía entregarle personalmente un papel. El emperador, sin embargo, no quiso recibirle, y el Dr. Basch aseguró á Láres que el soberano estaba indispuerto en su salud, y que á nadie había recibido, ni aun siquiera á la princesa Iturbide. Entonces el presidente del Consejo de ministros entregó al expresado Dr. Basch, para que lo pusiera en manos de Maximiliano, y regresó á Méjico. En ese papel

1866. declaraba D. Teodosio Lares en nombre de  
 Octubre. sus colegas, que todo el ministerio se retiraría si el emperador salía de Méjico.

En cuanto Maximiliano leyó el escrito, encargó al consejero de Estado Herzfeld que hiciese saber al mariscal Bazaine la determinacion de los ministros. Obsequiando Herzfeld la orden del soberano, escribió inmediatamente una carta al expresado mariscal, diciéndole: «El señor Lares acaba de presentar la dimision de todo el ministerio, y ha declarado que desde el momento en que el emperador saliera de la capital ya no habría gobierno. Estando S. M. en un estado de debilidad extrema, é insistiendo en partir, será preciso tomar algunas medidas. Suplico á V. E. aconseje aún esta tarde al emperador».

En cuanto el mariscal Bazaine recibió la carta de Herzfeld, escribió al presidente del Consejo de ministros D. Teodosio Lares diciéndole, «que era faltar á la lealtad y á la generosidad abandonar al emperador en aquellos momentos, despues de haber puesto toda su confianza en ellos, y que se vería obligado á tomar ciertas medidas contra los ministros si persistían en su resolucion.»

No queriendo D. Teodosio Lares y sus compañeros de

gabinete que se creyese jamás que en sus corazones cabía la ingratitud ni otro sentimiento bastardo ni egoista, manifestaron que continuarían en sus puestos, dejándose persuadir que Maximiliano no abrigaba mira alguna de abandonar el país. No fué, como equivocadamente cree el Conde de Kératry, «la decision enérgica de Bazaine y exigida por las circunstancias,» esto es, la amenaza de que tomaría *ciertas medidas contra ellos*, la que les obligó á no renunciar sus cargos. Ningun poder legal tenía el general en jefe francés para castigar á los ministros del gobierno de una nacion que no era la suya, porque renunciaban sus carteras. Cualquier paso que hubiese dado con respecto á ese punto, habría sido un acto arbitrario que el gobierno francés hubiera desaprobado, porque

1866. era dar motivo á que el gabinete de Was-  
 Octubre. hington mostrase al de las Tullerías que no observaba la neutralidad debida.

Dice el Dr. Basch, médico de Maximiliano en aquella época: «Los ministros, aterrado con el aspecto de una revolucion, se aferraban inconsideradamente á la persona del emperador. No quería el ministerio dejarse cojer como *infraganti* por los republicanos, olvidando completamente, que de sus filas había salido el consejo de empeñar la lucha con los rebeldes, sin el apoyo de los franceses. Con su inconsiderada dimision ponían en claro los ministros la impotencia de su partido (1)».

(1) Basch. «Los últimos diez meses del imperio de Méjico».

El deseo del bien del emperador le conduce al doctor Basch, en las anteriores palabras que dejo trascritas, á ser injusto con los nuevos ministros. Habían estos acudido al llamamiento del soberano en los momentos en que la política seguida hasta entonces por Maximiliano había colocado al trono en la situación más comprometida; y justo era que se *aferráran á la persona del emperador*, esto es, que exigiesen en su apoyo, puesto que ellos esponían sus bienes y sus vidas para defenderle cuando la Francia le abandonaba. Esto era debido. Defender el trono si el soberano renunciaba la corona, hubiera sido un absurdo, cuando en ese caso podían haber vuelto al sistema republicano, como antes de la intervencion, proclamando únicamente los principios conservadores, quitando con ese paso todo pretexto á los Estados-Unidos para mezclarse en la política del país. Respecto á que «no querían dejarse coger *infraganti*, olvidando completamente que de sus filas había salido el consejo de empeñar la lucha con los rebeldes sin el apoyo de los franceses,» el doctor Bsach sufre una equivocacion. Los ministros conservadores que acababan de ser llamados á ocupar los puestos de que hasta esos momentos críticos habían sido alejados por el emperador los hombres de ese partido, nunca habían desdeñado el apoyo de los franceses para luchar contra sus contrarios. Precisamente ese partido fué el que aceptó el auxilio de Francia para establecer un gobierno monárquico. Si la Córte de las Tullerías y el emperador Maximiliano se separaron de él para realizar la nacionalizacion de los bienes de la Iglesia, establecer la libertad de cultos y expedir otros decretos en pugna

1866. con las creencias religiosas de los que habían  
 Octubre. acogido al ejército de Forey en la capital así como á Maximiliano en todas las poblaciones bajo una incesante lluvia de flores y entre vítores y músicas de innumerables pueblos, no por eso los conservadores se manifestaron hostiles ni á los franceses ni á Maximiliano. La promesa hecha á éste por los conservadores de que sostendrían la lucha sin el apoyo de las tropas francesas, fué posterior á la resolucion definitiva de la Francia de abandonar á Maximiliano retirando su ejército; y en esto no le prometían nada que no estuviesen dispuestos á cumplir, como quedó manifestado patentemente con los hechos que vinieron á demostrar la lealtad de aquel partido á sus promesas; lealtad que desmiente las injuriosas calificaciones de la mayor parte de los escritores extranjeros que han negado injustamente á los hijos de aquel país toda bella cualidad y sentimiento. No está más acertado, en mi humilde concepto, el doctor Basch al calificar de *inconsiderada* la dimision, y al añadir en seguida, que con ella, «ponían en claro los ministros la impotencia de su partido.» La dimision hubiera podido acaso calificarse de *inconsiderada*, si el emperador hubiese abrigado el pensamiento de guardar consideracion con ellos, á quienes acababa de llamar, prometiendo seguir, para decidirles á que aceptasen el ministerio, una política en sentido verdaderamente conservador; pero cuando su objeto era abandonarles, dejándoles doblemente comprometidos, no *inconsiderada*, sinó muy cuerda y meditada fué la dimision. Lejos de poner en ella en claro «la impotencia de su partido,» argüía, por el contrario, que te-

nian confianza en la potencia de él, puesto que aceptaron las carteras en los momentos en que se desplomaba el imperio, juzgando á su partido con poder para sostenerlo aun, si el emperador seguía lealmente el programa conservador, y renunciaron en el momento que creyeron que el soberano sólo había fingido aceptarlo para que lo sostuvieran durante el tiempo que necesitaba para embarcarse y salir del país. Que los espresados ministros conservadores no declaraban impotente á su partido, como cuenta el doctor Basch, con sólo renunciar sus cargos cuando juzgaron que Maximiliano iba á dejar el país, es

1866. que no titubearon un solo instante en conti-  
 Octubre. nuar desempeñándolos, desde el momento que se les persuadió que el viaje del emperador no tenía más objeto que el anunciado por el *Diario del Imperio*.

El mariscal Bazaine, á quien confidencialmente participó el enviado de Maximiliano la definitiva resolución que tenía de abdicar, contestó que podía partir con seguridad, y que él quedaba encargado de que no se alterase el orden en lo más leve. «El mariscal,» dice el conde de Kératry, «creía que las probabilidades de la existencia de la monarquía iban en descenso, y no se sentía con valor para detener á Maximiliano, á quien dejaba en libertad para que siguiera sus propias inspiraciones. Sobre todo, era preciso ganar tiempo, á fin de que pudiesen los destacamentos franceses, desterrados todavía en aquella fecha á seiscientas leguas de Méjico, reunirse en masa y replegarse sobre el grueso del ejército. Una abdicación brusca debía desencadenar la insurrección en todo el país; para evitarlo era preciso que Maximiliano pretextase una au-

*sencia temporal*, que permitiera instalar una regencia, para llevar suavemente el país á otra forma de gobierno. *Sólo una abdicación fechada en Europa* podía evitar un gran sacudimiento y *servir de salvaguardia á nuestro ejército.*»

Poco noble era, como se ve, la manera con que procedían el emperador Maximiliano y el general en jefe francés respecto de los hombres á quienes se había llamado al ministerio en los momentos más angustiosos del imperio. Mientras al presidente del Consejo de ministros se le aseguraba por ambos personajes que el emperador no pasaría de Orizaba, vemos que el mariscal Bazaine *no se sentía con valor para detener á Maximiliano*, y que sólo se trataba de *ganar tiempo á fin de salvar á los destacamentos del ejército francés*. Respecto de la instalación de una regencia *para llevar suavemente al país á otra forma de gobierno*, bien sabía el general en jefe francés que era imposible. La conducta observada con los minis-

1866. tros por el soberano y por Bazaine, era ver-  
 Octubre. daderamente desleal. Precisamente en los momentos en que el general en jefe francés apelaba á la delicadeza de don Teodosio Lares y sus compañeros de gabinete para hacer que no renunciasen, diciendo que era *faltar á la lealtad y á la generosidad abandonar al emperador*, faltaba el mariscal á esa lealtad engañándoles, así como faltaba á ella Napoleon, que era realmente el que le abandonaba, faltando á un solemne tratado. Aquellos hombres de estado, mejicanos, daban, quedándose en sus puestos, lecciones de lealtad, de abnegación y de pundonor no sólo al mariscal Bazaine, sino á otros muchos

individuos que habían ido á Méjico con elevados empleos; y su noble delicadeza es una prueba de que en aquel país, á pesar de las continuas revoluciones en que había estado envuelto, hay grandes virtudes, aunque el conde de Kératry, el abate Domenech y no pocos más que han juzgado demasiado á prisa de sus habitantes, digan que «*Méjico es un país maldito;*» que «*la palabra patria no tiene eco allí;*» y que «*la traicion circula en la sangre de Méjico.*»

Si yo fuera mejicano, podría creerse que mis palabras eran dictadas únicamente por el espíritu nacional; pero siendo español, como soy, se comprenderá que son la expresion de la verdad, el homenaje rendido á la justicia, por el conocimiento que tengo de los sentimientos que abrigan los individuos de aquel lejano país donde he vivido muchos años, donde he tratado íntimamente á la clase alta y media de la sociedad, y cuyas costumbres describí en Madrid en el periódico ilustrado *El Museo universal*, y despues en las obras *El Jarabe*, *El Capitan Rossi*, *El Mendigo*, y en la intitulada *Pobres, Medianos y Ricos*. Se dirá que tambien el abate Domenech, el doctor Basch y el conde de Kératry han estado en Méjico, puesto que fueron en la expedicion; pero á esto advertiré que esos apreciables individuos, cuya capacidad me complazco en reconocer, formaban su sociedad entre las personas que, como ellos, habían ido á Méjico bien con Maximiliano, bien con la expedicion, bien durante el imperio; pero no frecuentaron jamás la sociedad mejicana, ni llegaron siquiera á hablar el idioma español, sin lo cual no era posible ni conocer las costumbres, ni las ideas, ni los

deseos, ni la ilustracion, ni los sentimientos de los habitantes de aquel vasto suelo, juzgado, generalmente, de una manera injusta por escritores mal prevenidos contra

1866. él, sin haberse tomado el trabajo, como es  
 Octubre. obligacion de todo escritor, de hacer un estudio detenido, sério y concienzudo del país que visita con objeto de darlo á conocer. Si reprobable es mancillar el buen nombre de un solo individuo honrado, más debe serlo el de injuriar á toda una nacion.

La conducta observada por el mariscal Bazaine y por Maximiliano con el ministerio en los momentos en que el segundo se disponía á partir, estaba patentizando de una manera incontestable, que el emperador no había inaugurado su nueva politica conservadora con sinceridad y buena fé. Comprendía que el partido conservador le era leal; pero obrando sobre su inconstante carácter, influencias contrarias, aunque aparentó cambiar de politica, siguió el consejo que le habían dado de engañar á los conservadores, para realizar el plan concebido de abdicar y volver á Europa, que era el deseo de la Francia, para salir ménos desairada de la situacion en que se había colocado. Era verdaderamente una cadena de inconsecuencias y de contradicciones lo que acontecía de parte de Napoleon y Maximiliano respecto del partido que adoptó la monarquía, y respecto de ellos mismos. Se le echaba en cara al emperador de Méjico por el gobierno francés, como una de las causas de no haber consolidado el trono, «el no haber marchado exclusivamente con cierto partido, el conservador, y de haber intentado una obra de conciliacion,» cuando Maximiliano no había hecho más que

seguir la política indicada por Napoleon, y este, desde que dió el mando á Bazaine, manifestó al regente Almonte, con fecha 16 de Diciembre de 1863, que «mientras el ejército francés estuviese en Méjico, no permitiría que se estableciese una reaccion ciega que á los ojos de la Europa deshonraría la bandera francesa;» siendo así que la que Napoleon llamó en aquella época *reaccion ciega*, porque anhelaba que el asunto de los bienes de la Iglesia se arreglasen con el Papa, era el mismo partido conservador con quien despues dice á Maximiliano «*que debió haber marchado exclusivamente.*» Por su parte el emperador de Méjico, cuando hacía muy poco que acababa de hacer acusaciones muy graves contra Bazaine en la Memoria presentada por la emperatriz Carlota á Napoleon,

1866. le escribía ahora el 20 de Octubre al mariscal, Octubre. como dejó referido: «En estas circunstancias dolorosas y difíciles, *cuento más que nunca con la lealtad y la amistad que siempre me habeis demostrado.*»

En medio de estas contradicciones que dejó indicadas y de las cuales podría presentar un número asombroso, en una cosa se habían hallado siempre de acuerdo: en tener engañado al partido conservador, alimentando siempre sus esperanzas, pero sin dejarle que tomase fuerzas.

Cuando el emperador recibió la contestacion del general en jefe francés en que le decía que podía partir y viajar con seguridad y que él se encargaba de todo, se hallaba paseándose en su pieza, poseído de notable agitación. Despues de la lectura, Maximiliano quedó más tranquilo. Luego revelando los pensamientos á que había

estado entregado, pronunció estas palabras que fueron las últimas que profirieron sus labios antes de salir de Chapultepec: «No puedo dudarle, mi esposa está loca. Esas gentes me matan lentamente; estoy agotado: me voy. Dad al mariscal las gracias por esta nueva prueba de adhesion. Esta noche parto, y si desearé escribirme, hé aquí el itinerario que seguiré.»

Eran las dos de la mañana del 21 de Octubre cuando el emperador Maximiliano emprendió su marcha para Orizaba. Tres carruajes, escoltados por trescientos husares y por los gendarmes húngaros conducían al soberano y los individuos que con él iban. Eran éstos el ministro Arroyo, el padre Fischer, el coronel austriaco Kodolich, y el Dr. Basch.

Aunque Maximiliano había dado á su marcha á Orizaba el colorido de que iba por recobrar la salud y de hallarse más cerca del puerto para recibir noticias respecto de la salud de su esposa, una parte considerable del público presentía que el verdadero objeto era alejarse del país para volver á Europa. En la tarde del mismo día de su salida de la capital, llegó á la hacienda de Toguacipa, para pernoctar en ella. En cuanto llegó escribió una carta al mariscal Bazaine, que la envió con un oficial austriaco al cuartel general francés: «Mi querido mariscal», le decía en ella: «Mañana me propongo depositar en vuestras manos los documentos necesarios para poner un término á la situacion violenta en que se encuentra, no sólo mi persona, sino todo Méjico. *Estos documentos deberán permanecer reservados hasta el día que os indique por el telégrafo.*»

1866. »Tres cosas me preocupan, y quiero de una  
 Octubre. vez desprender la responsabilidad que respecto á ellas me incumbe.

»La primera es, que las córtes marciales dejen de intervenir en los negocios políticos; la segunda, que de hecho sea revocada la ley de 3 de Octubre; la tercera, que por ningun motivo haya persecuciones políticas, y que cese toda especie de hostilidad.

»Deseo que llameis á los ministros Lares, Marin y Tavera, á fin de convenir las medidas indispensables para asegurar estos tres puntos, *sin necesidad de que traspiren en nada mis intenciones espresadas* en el primer párrafo.

»No dudo que agregueis esta nueva prueba de verdadera amistad á todas las que me habeis dado, y anticipadamente os doy por ello las gracias, al mismo tiempo que os renuevo las seguridades de la consideracion y amistad que os profeso.—*Maximiliano.*»

En esta carta vemos al emperador recomendando encarecidamente que no se dejase vislumbrar ni aun á su mismo Consejo el propósito que llevaba de abdicar. Se ve, pues, á no dudar, que únicamente llamó al ministerio á los hombres del partido conservador, para tener quien le apoyase en tanto que él lograba llegar al puerto; que el cambio de política que les ofrecía, fué un engaño. Preciso es repetir que en esto no obró con lealtad. Respecto del segundo punto, justo es decir que su resolucion fué laudable. La derogacion de la ley de 3 de Octubre era una exigencia de los sentimientos de humanidad. Lo sensible es que no la hubiese derogado antes, ó mejor dicho, que la hubiese dado.

Aunque el gobierno francés había recomendado al mariscal Bazaine, desde que resolvió retirar sus tropas, que no se mezclase en la política, no cumplió con la expresada recomendacion. Deseando aparecer siempre como el hombre necesario, obsequió el deseo de Maximiliano, y el siguiente día 22 suplicó á los ministros Lares, Marin y Tavera que se reuniesen, pues tenía que comunicarles algunas instrucciones del emperador. En todo lo que pertenecía á la política se veía constantemente la intervencion del mariscal Bazaine. No debió Maximiliano darle

1866. el encargo de llamar á los ministros para co-  
 Octubre. municar las órdenes, puesto que no era otra cosa que el general en jefe del ejército francés; pero ya que de ese modo obró el emperador para tenerle grato y verse custodiado por sus tropas, no debió el mariscal admitirlo.

Reunidos los tres ministros en la mañana del mismo día 22, Bazaine les manifestó oficialmente la voluntad de Maximiliano, que se mostraron dispuestos á cumplir.

Sufre un error el conde de Kératry al asentar que los ministros Lares y Marin se declararon poco dispuestos á acceder á las ideas generosas del emperador. Ni Lares ni Marin eran afectos al derramamiento de sangre, y la ley de 3 de Octubre, sabido es que no fué obra del partido conservador, del cual el emperador se había separado, sinó de los consejeros de otros países que rodeaban á Maximiliano y del mariscal Bazaine, refrendada por individuos que se habían separado del partido republicano y que siempre lo estuvieron del conservador. La ley no era, pues, obra de los mejicanos, y no es justo tratar de hacer-

les aparecer como resistiendo á que se derogara, cuando hemos visto que varias autoridades mejicanas, como el prefecto de Morelia D. Antonio del Moral, se oponían al establecimiento de las córtes marciales francesas, y evitaron que perdiesen la vida muchos jefes republicanos que cayeron prisioneros y que los comandantes franceses hubieran fusilado.

El mariscal Bazaine dió cuenta al emperador Maximiliano de que sus órdenes quedaban cumplidas; pero que respecto á la cesacion de hostilidades en los puntos en donde hubiese partidas republicanas que atacasen á las tropas francesas, no era posible hacerlo, puesto que el cuartel general no tenía poder para firmar un armisticio con las tropas contrarias.

Pocos días antes de que el emperador Maximiliano hubiese salido de Méjico para Orizaba, llegó á Veracruz el 12 de Octubre el general Castelnau, ayudante de campo de Napoleon III, enviado por éste con la mision secreta de persuadir á Maximiliano á que abdicara, y con instrucciones sumamente amplias en el sentido de desligar lo más pronto posible al gobierno francés de todo solidarismo con el de Méjico.

El emperador Maximiliano deseaba evitar en el camino el encuentro con el enviado de Napoleon. Para conseguirlo se dispusieron intencionalmente los relevos de la comitiva imperial de manera que no pudieran encontrarse con los de Castelnau. Sin embargo, en el pueblo de Ayatta, siete leguas de la capital, se encontraron los dos viajeros, á causa de haberse detenido en él á almorzar, el general Castelnau. Trató el enviado de Napoleon III de

1866. hablar con el jóven monarca; pero Ma-  
 Octubre. ximiliano se negó á recibirle, pretestando hallarse un poco indispuerto, aunque la causa real era que no iba acreditado cerca del soberano de Méjico, sinó solamente cerca del cuartel general francés, por lo cual no estaba obligado Maximiliano á recibirle, y mucho ménos en el camino (1). En la tarde de aquel mismo día llegó Castelnau á la capital, mientras el emperador continuaba su viaje á Orizaba.

No obstante el empeño puesto por el gobierno imperial en persuadir que su viaje no tenía más objeto que el alivio de su salud en un clima benigno y recibir con ménos demora noticias respecto del estado que guardaba su enfermedad de la emperatriz, los contrarios al imperio interpretaban su salida como un pretexto para abandonar el país, y no pocos imperialistas opinaban de la misma manera. Esta creencia llegó á tomar creces considerables con un artículo que al siguiente día de su partida de la capital se publicó en el periódico *L'Estafette*; artículo en el cual se leían los siguientes párrafos:

«Se nos asegura que el emperador, antes de salir de la capital, ha encargado al mariscal Bazaine la alta direccion de los negocios públicos, administrativos, políticos,

(1) Padece un error el instruido escritor don Pedro Pruneda en su *Historia de la guerra de Méjico*, al asentar que «el emperador y el general Castelnau celebraron una larga conferencia en las inmediaciones de Ayotla». Repito, porque lo sé positivamente, que no fué recibido. El conde de Kératry dice que no llegó á recibirle, y cosa igual asegura D. Francisco de Paula Arrangoiz.